

¿Ha muerto el liberalismo?

Roberto Carlos Jarrold

Notas

comprender y explicar el mundo que nos rodea.

Siempre ha sido un desafío para el liberalismo.

En el mundo actual, el liberalismo enfrenta nuevos retos.

El mundo globalizado exige una nueva visión del liberalismo.

El liberalismo debe ser capaz de responder a los desafíos del futuro.

El liberalismo debe ser capaz de promover el bienestar de todos.

El liberalismo debe ser capaz de defender los derechos humanos.

El liberalismo debe ser capaz de promover la justicia social.

El liberalismo debe ser capaz de promover la paz y la cooperación.

El liberalismo debe ser capaz de promover el desarrollo humano.

El liberalismo debe ser capaz de promover la sostenibilidad.

El liberalismo debe ser capaz de promover la equidad.

El liberalismo debe ser capaz de promover la libertad.

El liberalismo debe ser capaz de promover la democracia.

El liberalismo debe ser capaz de promover la justicia.

El liberalismo debe ser capaz de promover la paz.

El liberalismo debe ser capaz de promover el bienestar.

La caída del Muro de Berlín en 1989 y el torrente

de cambios sociales y geopolíticos que se han

producido desde entonces provocaron una verdadera

revisión en los sectores académicos dedicados al

estudio de las ciencias sociales y en la opinión pública

en general. El desmoronamiento del bloque socialista

trajo consigo cambios trascendentes dentro de esa

zona y en el mundo, pero que también del otro lado, en

el mundo capitalista, se produjeron modificaciones im-

portantes, al grado de que incluso podría hablarse de

una "reintegración", pues al desaparecer el supuesto

enfrentamiento ideológico y guerrillas latentes dentro

del mundo se han comenzado a manifestar abier-

tamente las mismas tendencias que se venían

manifestando en forma de guerrillas latentes en

el mundo socialista.

El mundo actual exige una nueva visión del liberalismo.

¿Ha muerto el liberalismo?

Roberto García Jurado*

La caída del Muro de Berlín en 1989 y el torrente de cambios sociales y geopolíticos que se han sucedido desde entonces provocaron una verdadera conmoción en los sectores académicos dedicados al estudio de las ciencias sociales y en la opinión pública en general. El desmoronamiento del bloque socialista no sólo generó cambios trascendentes dentro de esa región y ese sistema, sino que también del otro lado, en el bloque capitalista, se produjeron modificaciones importantes, al grado de que inclusive podría hablarse de su desintegración, pues al desaparecer el supuesto enemigo común las divisiones y querellas latentes dentro de este bando se han comenzado a manifestar abiertamente y, tal como se presentan las cosas, puede esperarse que en el futuro se incrementen aún más.

El desmembramiento de ambos bloques obliga a replantear el futuro de la humanidad: ha desaparecido la disyuntiva que representaba la elección y sostenimiento de uno u otro sistema social; la alternativa táctica de plegarse a una u otra superpotencia ya no es una condicionante de la política exterior. Del mismo modo, así como ha desaparecido el escenario sobre el cual se planteaba un futuro bipolar, igualmente se ha hecho necesario revisar la concepción del pasado reciente, re-interpretar los sucesos que hasta ahora habían sido

comprendidos y enjuiciados desde la perspectiva bipolar que caracterizó a casi todo este siglo.

Sobre estos temas trata el libro de Immanuel Wallerstein *Después del liberalismo*,¹ que se compone de una serie de ensayos publicados entre 1991 y 1995, los cuales están caracterizados por el mismo tipo de preocupaciones, al grado de volverse bastante repetitivos en ciertos pasajes. De los múltiples asuntos específicos a los que se refiere este texto, algunos son particularmente interesantes, pues constituyen temas inquietantes y recurrentes en la reflexión y análisis del mundo contemporáneo. En especial, es pertinente prestar atención a la teoría del liberalismo, los Estados nacionales y el sistema mundial, el significado y crisis de la época bipolar y el futuro inmediato del sistema mundial.

Lo primero que hay que señalar es lo sugerente del propio título del libro, aunque su lectura no corresponda a ello. En *Después del liberalismo* se plantea que se ha presenciado el fin del liberalismo; sin embargo, una proposición tan definitiva produce un sinfín de interrogantes, comenzando por lo que se entiende por liberalismo.

Una de las objeciones más serias que pueden dirigirse a Wallerstein es la identificación que hace de la dimensión dogmática del liberalismo con su dimensión estructural; es decir, plantea que el liberalismo ha sido tanto una ideología como un sistema social, y que al desaparecer como sistema automáticamente desaparecen las ideas liberales. De esta manera, para elevar aún más la dificultad de aceptar su tesis, propone que el año

* Licenciado en Ciencia Política por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM y candidato a maestro por la misma institución. Colaborador de publicaciones como *Estudios Políticos y Argumentos*. Profesor del Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco. Actualmente prepara un libro titulado: *La teoría política norteamericana contemporánea*.

¹ Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, UNAM/Siglo XXI, 1996.

de 1989 debe interpretarse como la fecha que marca no el fin del comunismo sino el fin del liberalismo, cuyo nacimiento ubica en 1789.

Esta periodización es bastante ambigua, por no llamarla arbitraria. En efecto, ambas fechas marcan dos sucesos determinantes de la historia moderna: la caída del Muro de Berlín y la Revolución Francesa, respectivamente. Sin embargo, no aparece por ningún lado la argumentación que permita aceptar la pertinencia de señalar el lapso que va de 1789 a 1989 como un periodo histórico definido y específico; no hay concordancia entre los tipos de sucesos históricos que marcan el principio y el fin de este segmento de la historia moderna. Wallerstein considera esta época como el esplendor del liberalismo; sin embargo, surgen las interrogantes: si Wallerstein atiende fundamentalmente a la dimensión ideológica del liberalismo y resalta la importancia de tomar en cuenta la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* como el inicio de esa ideología, no está claro por qué no remontarse al *Bill of rights* inglés de 1688 o al propio *Ensayo sobre el gobierno civil* de Locke que apareció en 1690, ya que ambos documentos, sobre todo el segundo, son fundamentales para comprender el liberalismo político moderno. Ahora bien, ¿qué documento apareció en 1989 que le permita a Wallerstein señalar ese año como el fin de la ideología liberal? Con toda seguridad no apareció ninguno con la relevancia que la historia moderna les asigna a los que hemos citado; sin embargo, existe otra posibilidad.

Tal vez Wallerstein pensó en 1789 no por su relevancia ideológica, sino por su repercusión en la geografía política mundial. En este caso, no está claro por qué no tomar 1815, año del Congreso de Viena, que señala el inicio de una larga paz europea dominada por Inglaterra en su primera fase, cuya decadencia y sustitución señala el fin de una época.² O ¿por qué no remontarse a 1648, año en que la Paz de Westfalia canceló la Guerra de los treinta años y consolidó las bases

² Existe prácticamente un consenso generalizado entre los historiadores al señalar el año de 1815 como el inicio de una etapa determinante de la historia europea. Paul Kennedy, un prestigiado historiador inglés, publicó recientemente su libro *Auge y caída de las grandes potencias*, donde señala precisamente la pertinencia de tomar el año de 1815 como el inicio de un periodo histórico definido por el dominio inglés, el cual inicia su más notable deterioro a partir de 1885 y se viene abajo de forma definitiva en 1914 con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Además de él existen muchos otros historiadores, cuyos nombres y obras sería vano enlistar, que al igual que Kennedy señalan la relevancia del año de 1815 en la historia moderna.

de la construcción de los modernos Estados nacionales europeos?

En fin, es posible que Wallerstein haya pensado fundamentalmente en la significación revolucionaria de 1789 y la demolición del antiguo régimen pero, ¿acaso puede establecerse un paralelismo entre las monarquías absolutas de antaño y los regímenes comunistas del siglo XX? No parece muy apropiado; sin embargo, todas estas especulaciones y muchas otras podrían haberse ahorrado si hubiese ofrecido la correspondiente argumentación, con la cual se harían transparentes los factores que consideró para establecer un periodo de este tipo. No obstante, fuera de la feliz coincidencia entre los números que redondean en 200 años la duración del lapso elegido por Wallerstein, no parece tan convincente reunir en un solo periodo dos siglos que han sido tan distintos y significativos para la sensibilidad y la experiencia contemporánea.³ Además, como podrá observarse más adelante, no parece muy acertado considerar que 1989 marque el fin de los Estados liberales a los que se refiere Wallerstein.

El otro aspecto polémico en lo tocante a la concepción del liberalismo se refiere a la fusión de su dimensión estructural como régimen político y su dimensión doctrinal como ideología política. La polémica radica en que, más que una fusión, Wallerstein introduce una gran confusión al respecto, ya que pretende que una vez desaparecida la dimensión ideológica, los regímenes liberales sucumben al mismo tiempo. A este respecto, debe advertirse que no puede aceptarse que 1989 señale el fin de los Estados liberales; sin embargo, por ahora ocupémonos de dicha confluencia. Para evidenciar aún más la inconsistencia de la sincronía que se pretende establecer entre ambas realidades, piénsese si acaso el derrumbe del régimen racista del nazismo ha significado el fin de las ideas racistas o si el derrumbe de los regímenes comunistas implica la desaparición de las ideas comunistas. No, por supuesto que no. Como Giovanni Sartori explicaba recientemente, el fin de los sistemas socialistas no significa el fin de la ideología socialista.⁴ En este sentido, como puede observarse, ni la delimitación de la época liberal ni la fusión entre su dimensión estructural e ideológica parecen aceptables,

³ George Steiner, en su notable ensayo *En el castillo de Barba Azul*, ha descrito de una forma vívida y lúcida las diferencias tan notables que para la sensibilidad contemporánea tienen ambos siglos.

⁴ Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

como tampoco lo es la definición que se ofrece del liberalismo.

La concepción de Wallerstein sobre el liberalismo es tan peculiar que para definirlo lo iguala a la modernidad; en ningún momento establece qué es lo que entiende por liberalismo, sólo señala que puede equipararse a la modernidad. Así, no sólo elude definir directamente al liberalismo, sino que al ofrecer la definición de modernidad como sustituto se tropieza con otro gran problema, pues de nuevo con una simpleza excesiva se dice que la modernidad es la preferencia por lo nuevo y el desdén por lo antiguo. Esta definición es insuficiente y si, como lo propone Wallerstein, se ofrece como definición de liberalismo, entonces resulta totalmente equivocada. Por supuesto que eso no es el liberalismo, como tampoco la modernidad se reduce a aquel simple enunciado, pero como este lugar no es adecuado para entrar en una amplia exposición al respecto, basta considerar que no aparece por ningún lado la razón por la cual Wallerstein señala el año de 1989 como el fin de la preferencia humana de lo nuevo por lo antiguo, lo cual es difícil establecer en qué momento se generó o el momento en que desaparecerá.

Pero la verdadera debacle del liberalismo, según Wallerstein, se inició antes de 1989: comenzó propiamente con la "revolución mundial" de 1968. Las consecuencias más importantes de esta revolución son: 1) el cuestionamiento de la estrategia de dos pasos: tomar en cuenta el pedestal y luego transformar la sociedad; 2) la menor aceptación de la eficacia de la actividad política encausada por un solo partido político; 3) la concepción de que el conflicto entre el capital y el trabajo es el fundamental en el capitalismo, y todos los demás son secundarios, ya no es aceptado de manera general; 4) la idea de que la democracia era sólo un concepto burgués ha comenzado a transformarse para mostrar sus potencialidades revolucionarias; 5) también ha dejado de aceptarse el planteamiento de que la productividad era un requisito previo al socialismo y 6) la fe en la ciencia como piedra fundamental de la construcción de la utopía ha dejado lugar a cierto escepticismo acerca de la ciencia clásica y del científicismo popular.

Excepto el inciso número seis, hay que reconocer que los otros cinco rasgos se han presentado ya con toda claridad en la sociedad contemporánea, produciendo notables transformaciones. No obstante, no parece tan atinado ubicar el origen de estos cambios a partir de la "revolución mundial" de 1968. Por lo que se refiere a los puntos uno y dos basta señalar que desde la década

de los años cincuenta una serie de cambios importantes se manifestó en los partidos socialistas y socialdemócratas europeos, los cuales alcanzaron su punto culminante con la profunda reforma que implantó el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en su Congreso de Bad Godesberg de 1959. En ese Congreso, el SPD acordó moderar su posición tradicional de izquierda radical y cambiar su estrategia de lucha para disputar el poder estatal por medios legales y democráticos, es decir, electorales. A partir de ese acontecimiento, se desencadenó una ola de transformaciones en los partidos tradicionales de izquierda europeos, los cuales adoptaron la misma actitud que el SPD. Con ese cambio, a la postre varios de estos partidos ganarían las elecciones, colocando a sus más destacados líderes al frente del gobierno, tal como sucedió con Brandt en la República Federal Alemana, con Mitterrand en Francia y con Felipe González en España. Como puede constatar, no es posible señalar a 1968 como el origen de todas estas transformaciones.⁵

Por lo que se refiere a los puntos tres y cuatro, es más difícil aún indicar sus orígenes, pues durante las últimas décadas se registraron una serie de conflictos religiosos, nacionalistas y económicos que en muchos casos han ocupado el primer lugar en las tensiones sociales, desplazando a un lugar secundario la lucha entre las dos clases fundamentales del capitalismo. Asimismo, la revalorización de la democracia se ha extendido por todo el mundo en la década de los años setenta y ochenta, pero desde que las sociedades europeas sufrieron la amenaza primero, y luego la agresión de los regímenes fascistas en la década de los años treinta, se había extendido y generalizado una ponderación positiva de los valores democráticos, republicanos y liberales de la sociedades occidentales.⁶

Finalmente, por lo que respecta al inciso seis, no es factible aceptar sin mayores objeciones el descrédito que Wallerstein le asigna a la ciencia en el mundo contemporáneo. Este tipo de críticas remiten a una pers-

⁵ Véase Josep Pico, *Los límites de la socialdemocracia europea*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

⁶ Bajo ninguna circunstancia es posible justificar el comportamiento de los Estados alemán, italiano y japonés durante la década de los años treinta o minimizar su responsabilidad en la confrontación bélica posterior. Sin embargo, es pertinente señalar que el bloque aliado se guardó muy bien de promocionar la legitimidad de su defensa ante la "agresión" del fascismo. Sin duda, hubo agresión contra las "democracias" occidentales, pero en el terreno económico este enfrentamiento no fue más que una etapa más de la competencia imperialista que databa del siglo XIX. Véase John M. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1987.

pectiva más acorde con el romanticismo decimonónico que con el advenimiento del siglo XXI.

Ciertamente, debe reconocerse que durante el siglo XX se ha experimentado un gran desencanto hacia las promesas de progreso ininterrumpido y mejoramiento constante de los niveles sociales de vida que la sociedad occidental ha publicitado como el espíritu más potente de sus motivaciones. En efecto, las dos guerras mundiales y la brutalidad que en ellas mostraron las sociedades más "civilizadas"; la crisis del capitalismo de 1929; el estancamiento económico en que ha caído el mundo desarrollado desde los años setenta; la depresión en la que cayeron grandes regiones del Tercer Mundo en la década de los años ochenta y el deterioro ecológico irreparable que ha sufrido el planeta a manos de la sociedad industrial, han minado sensiblemente este ánimo optimista que se tuvo en el pasado. La ciencia ha sufrido también el desprestigio de las otras instituciones occidentales; sin embargo, más que la ciencia, la tecnología y sus efectos en la sociedad han sido los que han provocado este desprestigio. Es decir, en el ánimo de la sociedad todavía se percibe cierta confianza en las posibilidades de la ciencia; para no ir más lejos, aún se piensa que la ciencia es capaz de descubrir remedios a las pestes modernas, como el SIDA y el cáncer, o que es capaz de sentar las bases de tecnologías que no deterioren el medio ambiente, aumenten la productividad agrícola y liberen a los hombres de una parte sustancial de sus jornadas de trabajo.⁷

¿Qué es lo que representa 1968? Como lo plantea Hobsbawm, esta fecha señala el fin de los años dorados del orden económico y social que se estableció al final de la guerra; el término de una época de expansión y crecimiento acelerado de la economía mundial; la insatisfacción de las clases medias con la parte del beneficio que el crecimiento les estaba distribuyendo; representa, en efecto, el fin de la hegemonía social, comercial y financiera de Estados Unidos.⁸ Todo esto sim-

⁷ Véase Robert Reich, *El trabajo de las naciones*, México, Javier Vergara, 1993.

⁸ El libro de Eric Hobsbawm recientemente publicado, *Historia del siglo XX*, resulta de un gran interés no sólo porque constituye una visión realista de este siglo (aunque en muchos pasajes el desencanto o la amargura hagan demasiado severos los juicios sobre el experimento socialista), sino también porque constituye un intento notable de reunir en un solo texto el recuento de este siglo jalado por masacres, ideologías y destierros. Por desgracia, como se señaló antes, en muchos pasajes Hobsbawm no puede superar esa actitud de amargura que caracteriza a quienes albergaron esperanzas con respecto a la alternativa comunista, así como tampoco puede establecer una distancia más prudente entre los hechos que describe y el efecto que causaron en su historia personal.

boliza 1968, y sus secuelas se aprecian también en los cambios de 1989. Ambas fechas se encuentran íntimamente vinculadas; sin embargo, no es posible aceptar que en 1968 se inicie la decadencia del mundo liberal y que 1989 señale su sima, tal como lo propone Wallerstein. Una mirada más atenta puede mostrar que simbolizan cosas distintas: en 1968 se hicieron más patentes las limitaciones y debilidades del capitalismo, mientras que en 1989 no sólo se asistió al fin de la época bipolar, sino también se trastornaron los paradigmas de organización social que hasta entonces se habían mantenido vigentes. Es decir, la ruina del modelo comunista de organización social arrojó sobre el modelo capitalista una serie de tensiones y expectativas que antes habían liberado su presión por otros medios.

Como puede observarse, muchas de las transformaciones que Wallerstein ubica en 1968 podrían no sólo fecharse en épocas distintas, sino también atribuirles a otras causas. No obstante, 1968 es en efecto una fecha crucial para la historia contemporánea, tal vez no al grado de considerarlo una "revolución", como lo hace Wallerstein, pero no cabe duda que constituyó todo un acontecimiento mundial y un punto de inflexión en la tendencia política y social de muchos países, dentro de los cuales obviamente hay que incluir a México.

De lo que no cabe duda es que 1989 señala el fin de la era bipolar. Seguramente, en el plano de la política internacional, el siglo XX será recordado por la titánica confrontación entre dos superpotencias: Estados Unidos y la URSS. El desmembramiento y la ruina económica y social soviética han producido la victoria del Estado estadounidense, aunque éste presenta tal agotamiento económico y un desgaste igualmente significativo en su liderazgo internacional que, sin lugar a dudas en el mediano plazo dejará de ocupar el papel mundial tan significativo que hasta ahora desempeñó. Durante mucho tiempo seguirá siendo una potencia militar, sin duda, pero su primacía comercial y financiera será cada vez más cuestionada.⁹

El imperio soviético ha caído, no obstante, a pesar de la debilidad que ya mostraba desde el principio de la década de los años ochenta, su caída fue tan acelerada y estrepitosa que a más de uno tomó por sorpresa.

⁹ Una mirada retrospectiva a la decadencia de imperios ya desaparecidos mostraría que normalmente el poderío económico es el primero que se ve mermado, sobreviviendo un tiempo más prolongado el poderío militar, lo cual siempre produce trastornos internacionales considerables, tal como parece que sucederá con Estados Unidos. Véase Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993.

Esto no significa que en el futuro no resurja el imperialismo ruso, pero será sin duda bajo una nueva modalidad. Los últimos años de la URSS fueron difíciles y complejos, pero durante mucho tiempo, prácticamente durante la mayor parte de la Guerra Fría, la confrontación entre las dos potencias fue tan absoluta y equilibrada que nadie podía asegurar a quien correspondería la victoria, y mucho menos el plazo y el modo en que ocurriría. Lester Thurow comienza su libro *La guerra del siglo XXI* (el título original en inglés es *Head to head*, mucho más sugerente) con una muy clara descripción de la percepción estadounidense sobre la amenaza del oso soviético, que durante una buena parte de la posguerra fue temido y odiado por una sociedad que, además de su tradicional vocación imperialista, era inquietada y azuzada por los promotores de la industria militar, que tenían dentro de los ámbitos políticos a sus más exitosos representantes.

Por esta razón, resulta inaceptable la concepción de Wallerstein. Para él, la URSS y Estados Unidos se repartieron el mundo a partir de la Conferencia de Yalta:

Se puede decir que la URSS era una potencia subimperialista de Estados Unidos porque funcionó para garantizar el orden y la estabilidad dentro de su zona en condiciones que de hecho aumentaron la capacidad de Estados Unidos para mantener su hegemonía mundial.¹⁰

Wallerstein no sólo tergiversa la significación de la Conferencia de Yalta para la pacificación mundial, sino que además reduce su alcance a un mero encuentro entre cómplices que amablemente acuerdan repartirse el mundo.

En su afán de acomodar los hechos a su interpretación, Wallerstein no explica cómo en la Conferencia de Yalta, que se celebró en febrero de 1945, ciertamente se acordaron determinadas zonas de influencia en Europa; sin embargo, pasa por alto que la URSS se había comprometido en la Conferencia de Teherán en 1943 a declarar la guerra a Japón una vez que se hubiese derrotado a Alemania. Así, una vez cumplida esta condición, cuando en agosto de 1945 la URSS se aprestaba a avanzar sobre el oriente rumbo a Japón, Estados Unidos se apresuró a detonar la bomba atómica para conseguir lo más rápido posible la rendición japonesa. Como se ha expresado en reiteradas ocasiones, por supuesto

que se arrojó la bomba nuclear para acelerar la rendición japonesa, sólo que se tergiversa el motivo de esta urgencia. El argumento muchas veces expresado en el sentido de que la bomba se había arrojado para ahorrar las vidas que hubiese significado un enfrentamiento convencional es bastante absurdo. Lo que Estados Unidos pretendía y consiguió, era impedir que la URSS se extendiera más por el oriente y evitar a toda costa que compartiera con las potencias occidentales la ocupación de Japón. En este campo, la historia ha mostrado cuánta razón tenían los estadounidenses, pues un Japón ocupado por varios ejércitos probablemente hubiera significado su partición, tal como ocurrió con Alemania. Todo esto sucedió después de Yalta, es decir, no había tal conformidad con respecto al reparto del mundo.

Wallerstein no entiende o tergiversa también la Guerra de Corea, de Vietnam, la Crisis de los misiles, y muchos otros sucesos similares en los cuales se ponía de manifiesto que la Conferencia de Yalta había sido un acuerdo transitorio que ambas partes respetaban por la imposibilidad de subvertir a su favor el control territorial del mundo. Con su innovadora interpretación, la Guerra Fría se reduce simplemente a un juego bélico al que se dedicaron las dos superpotencias para enmascarar y disimular ante el mundo su conformidad con el orden internacional de la posguerra. En este sentido, debe señalarse con mucha claridad que aun si hubiera estado ausente la cuestión ideológica, lo más probable era que estas dos potencias se hubieran visto enfrentadas al fin de la Segunda Guerra. Ambas albergaron siempre pretensiones de dominio universal.¹¹

Con la misma simpleza e incompreensión, Wallerstein hace de Lenin un escudero y discípulo de Wilson, el presidente estadounidense que al final de la Primera Guerra Mundial utilizó la táctica de la autodeterminación de los pueblos para justificar el desmembramiento de los imperios turco, austro-húngaro y ruso. La gran discrecionalidad que emplearon los aliados para permitir que algunos pueblos europeos se emanciparan de sus antiguos dominadores y constituyeran o se reagruparan en nuevos Estados, ilustra el propósito real de tal argumento: tender el proverbial cordón sanitario en torno a la URSS y desintegrar los imperios europeos que habían perdido la guerra. Estos agotados imperios, por añadidura, conservaban una estructura más propia del

¹⁰ *Ibidem*, p. 19.

¹¹ Véase Claude Delmas, *El Pacto de Varsovia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

siglo XIX que del actual, lo que por un lado les mermaba sus posibilidades de competencia en la nueva carrera imperialista, pero por otra parte los hacía seguir constituyendo una amenaza al nuevo orden impuesto por los vencedores.¹²

Sin embargo, Wallerstein lleva mucho más allá sus conclusiones y deduce que tanto la URSS como Estados Unidos utilizaron el principio de la autodeterminación para disfrazar sus tentativas de dominio imperial sobre el resto del mundo, principalmente sobre las naciones menos desarrolladas o que recientemente se hubieran convertido en Estados autónomos. Adicionalmente, se diseminó en estos países la ideología del desarrollo económico, en la cual yacía la promesa implícita de que algún día se reduciría, e incluso se suprimiría, la brecha entre las naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Puede aceptarse esta interpretación para describir las relaciones entre los países capitalistas desarrollados y los subdesarrollados; sin embargo, interpretar el cambio del dogma marxista-leninista de la revolución mundial por el del socialismo en un solo país a la luz de esta hipótesis no sólo constituye una total incompreensión teórica de tal cambio, sino que de nueva cuenta ignora y tergiversa los acontecimientos de la década de los años veinte, a partir de los cuales la Unión Soviética tuvo que elegir entre ampliar su territorio, a riesgo de verse eliminada, o bien conservar las dimensiones que alcanzó en 1922 y emprender un programa de desarrollo económico que le permitiera resistir un muy previsible ataque de sus múltiples enemigos.

La ligereza de Wallerstein para explicar este aspecto de la época de entreguerras es asombrosa. Sin más, concluye de la siguiente manera: "Para decirlo en forma menos amable y más cruda, la ideología leninista era la hoja de parra de la ideología wilsoniana".¹³

En esta misma línea, Wallerstein continúa sus distorsiones con una más disparatada todavía, referente a la crisis internacional que se produjo a raíz del incremento de los precios del petróleo en los años setenta. Como es de sobra conocido, esta crisis conmocionó a los países occidentales y provocó evidentes cambios en el sistema mundial, al grado de que a ella se asocia generalmente el inicio de la declinación económica occidental que, al decir de Hobsbawm en su reciente texto *Historia del siglo XX*, acabó con los años dorados de la posguerra.

¹² Véase R. A. C. Parker, *Europa 1918-1945*, México, Siglo XXI, 1990.

¹³ *Ibidem*, p. 124.

Wallerstein pretende que Estados Unidos planeó el estallido, desarrollo y resultados de la crisis. De acuerdo a su muy particular interpretación, Estados Unidos llevó a cabo la crisis con tres objetivos muy claros: en primer lugar, favorecer a las empresas petroleras, particularmente a las Siete hermanas que, debido a su control sobre el proceso de refinación del crudo, se quedarían con una parte sustancial del excedente generado con el aumento de precio; en segundo término, afectar el suministro de energéticos de los países industriales que se habían convertido en serios competidores; en tercer lugar, financiar el desarrollo del Tercer Mundo mediante los excedentes que los países exportadores de petróleo obtendrían con dicho aumento y que, seguramente, depositarían en la banca internacional, la cual se los prestaría a los países subdesarrollados en vista de que el primero se encontraría en tal depresión que no podría absorberlos; y por último, el flujo crediticio que fluiría al Tercer Mundo en la década de los años setenta se invertiría en los ochenta vía pago de la deuda externa, lo cual concentraría nuevamente recursos en la banca internacional que podrían ser usados para financiar el déficit de Estados Unidos. Tal como lo describe Wallerstein, es envidiable el grado de precisión con que Estados Unidos llevó a cabo esta crisis, pero es todavía más sorprendente que Wallerstein crea sinceramente que uno de los objetivos de la generación de esta crisis fuera la extracción de recursos para financiar el desarrollo del Tercer Mundo. Dentro de las regiones subdesarrolladas, es difícil que alguien tome en serio una interpretación de este tipo, y seguramente el ciudadano estadounidense más convencido de la vocación altruista de su país también escucharía con recelo tal planteamiento.

Por último, es pertinente referirse a un problema conceptual que sustenta esta obra, y que de hecho constituye también el fundamento de la principal obra de Wallerstein, *El moderno sistema mundial*. Este problema se refiere al grado de interacción entre la sociedad de un moderno Estado nacional y el grueso de las sociedades agrupadas en otros tantos Estados. Para Wallerstein, la dinámica social sólo puede ser comprendida cabalmente a escala mundial, es decir, no es factible evaluar correctamente el devenir de una sociedad reduciéndolo al espacio de sus fronteras nacionales; sólo es posible lograrlo si se consideran los factores internacionales que inciden en ella.

Sin duda, constituye un acierto considerar la influencia del medio internacional en cada uno de los

sistemas sociales; sin embargo, resulta desproporcionado considerar un sistema social mundial plenamente integrado subordinando las realidades nacionales a éste. En la historia moderna existen numerosos ejemplos de sucesos económicos o políticos en un país en los que han sido determinantes los factores internacionales tanto en sus causas como en su desarrollo. No obstante, existen también muchos otros casos en los que tales acontecimientos obedecen principalmente a factores internos. La autarquía con la que actuaron algunos Estados nacionales hace tres siglos ha desaparecido claramente, pero esto no significa que ya hayan desaparecido las fronteras económicas y políticas. Los modernos Estados nacionales han visto reducida su soberanía por innumerables factores, pero el Estado-nación como tal no sólo sigue dando muestras de vigor, sino que con toda seguridad seguirá siendo una organización política de la humanidad fundamental en el futuro previsible.

Un ejemplo muy breve y alusivo a este tema es lo que ocurre con Alemania, Estados Unidos y Japón, los países industrializados más grandes. Cada uno de ellos está involucrado en procesos de integración que les permitan enfrentar en mejores condiciones los procesos de globalización económica que caracteriza nuestra época. De los tres, Alemania es el que se encuentra más avanzado en el proceso de integración, la cual ya no se circunscribe sólo a aspectos económicos, sino que además incluye importantes vínculos políticos. Por su parte, tanto Estados Unidos como Japón se encuentran en una fase mucho menos adelantada.

No obstante, a pesar de las diferencias en estos grados de integración, una observación atenta podrá mostrar cómo cada uno de estos países ha instrumentado en los últimos años una política económica que tiene como "prioridad" los intereses nacionales; es decir, medidas fiscales, comerciales o monetarias, que han subordinado los intereses de la región, y con mayor claridad, de la economía mundial, a los objetivos y necesidades del gobierno nacional. Hasta ahora no se ha visto que los gobiernos de alguno de estos países sacrifique sus propias metas en aras del bien de la comunidad regional o internacional, y todo parece indicar que durante mucho tiempo seguirá ocurriendo así.

A despecho de esto, Wallerstein asume plenamente la existencia de un sistema social mundial, en el cual identifica como "clases peligrosas" a los sectores de la población más desprotegidas del Tercer Mundo, los cuales amenazan de manera directa tanto a sus propios Estados como a los del mundo desarrollado. Sin duda,

hay algo de cierto en la acumulación de rabia e impulsos destructivos que se ha generado en estos estratos; sin embargo, no es posible ignorar que cada sociedad tiene su clase peligrosa, como tampoco es posible imaginar una situación apocalíptica en que los nuevos "bárbaros" invadan el mundo desarrollado y lo destruyan.

Cada uno de los polos internacionales de desarrollo o de altos ingresos económicos produce una inevitable atracción sobre las poblaciones de los países vecinos. Esta migración ha generado ya complicadas combinaciones de factores productivos y agudos problemas sociales; no obstante, se está resolviendo cada una de manera particular, y no parece probable que se desate un conflicto generalizado por esta razón. La delicadeza del problema no es despreciable; sin embargo, difícilmente tendrá por sí mismo el potencial revolucionario mundial que se le atribuye.¹⁴

En este mismo sentido, a la par de su tesis del sistema social mundial, Wallerstein ha acuñado el término "geocultura", que no es otra cosa que la hegemonía cultural que una civilización ejerce sobre las otras en una época determinada y que en la era moderna puede identificarse con la difusión de la cultura occidental sobre casi todo el mundo. Sería necio negar o ignorar la influencia que en todos los órdenes ha ejercido el mundo occidental en el resto de las civilizaciones, incluido el terreno cultural; sin embargo, es pertinente plantear dos objeciones a Wallerstein. La primera de ellas se refiere a su concepto de cultura, que enuncia así:

Aquí empleo la palabra cultura en el sentido tradicionalmente aceptado por los antropólogos, como el conjunto de reglas y valores básicos que consciente y subconscientemente gobiernan las recompensas dentro del sistema y crean un conjunto de ilusiones tendentes a persuadir a los miembros de que acepten la legitimidad del sistema.¹⁵

Wallerstein no dice en cuáles antropólogos está pensando, pero seguramente muchos de ellos se escan-

¹⁴ La movilidad social territorial será cada vez más importante a medida que avance el siglo. Diversas capas de la población emigrarán por razones económicas, culturales o políticas. Sin embargo, no por ello se debe imaginar que desaparecerán las fronteras. Estas migraciones seguirán provocando múltiples problemas y alimentarán la intolerancia social. Véase Jacques Attali, *Milenio*, México, Seix Barral, 1993.

¹⁵ *Ibidem*, p. 129.

dalizarían al escuchar que se les atribuye tal concepto de cultura, sobre todo donde dice que "crea ilusiones" y funciona esencialmente como un "gobierno de recompensas". Por desgracia, un análisis crítico y profundo de esta definición ofrecida por Wallerstein requiere una amplia exposición que en este escrito no es posible hacer; sin embargo, lo que sí puede decirse es que es muy difícil aceptar una formulación así, pues esta concepción convierte a la cultura en un simple recurso de manipulación que un grupo, un gobierno, o un imperio utiliza para manipular, someter y engañar a otros, lo que cuestiona sensiblemente el concepto "geocultura".

La segunda objeción se refiere a la difusión y predominio de la cultura occidental. Muchas civilizaciones han sucumbido a su influjo y han cambiado o fundido su cultura con la occidental. Sin embargo, el predominio que le atribuye Wallerstein a la cultura occidental debe estar acompañado por algunas advertencias y matices, pues tal y como lo anotaba Samuel Huntington en *The clash of civilisations*, un ensayo de 1993 que ahora ha convertido en libro, no debe minimizarse el conflicto potencial entre las distintas civilizaciones en que todavía se reparte la humanidad. Seguramente en el futu-

ro los conflictos internacionales tendrán como protagonistas tanto a Estados nacionales aislados como a civilizaciones o bloques económicos. Para quien se resista a aceptar el ingrediente cultural que tienen, y seguramente seguirán teniendo en el futuro los conflictos internacionales, basta con recomendar que se analice bajo esta perspectiva la revolución islámica de 1979 en Irán, la Guerra del Golfo desencadenada por Irak en 1991, o la propia recuperación de Hong Kong por parte de China en 1997.

Al principio de este comentario se hacía alusión a la conmoción que generó en el sector académico, y en la opinión pública general, la desintegración del bloque socialista, y todos los cambios que ello implica. De hecho, los escritos de Wallerstein agrupados en este volumen dan una clara muestra no sólo de la conmoción, sino además de la confusión que existe en algunos intelectuales. A pesar de ello, sigue siendo necesario reexaminar la historia reciente a la luz de los cambios que se han producido en el contexto internacional, y del proceso de renovación que se aprecia en las ciencias sociales, así como intentar dilucidar los rumbos por los que podría avanzar la humanidad con una predisposición igualmente renovada y abierta.

Revista de *Relaciones Internacionales*, núm. 78, editada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se terminó de imprimir en Imprenta de Juan Pablos, S.A., en diciembre de 1998.
La edición consta de 1 000 ejemplares